

— ¡Silencio! — repuso Luisa ruborizándose — mirad que pudiera yo oiros y entenderos...

Satisfecho de aquella primera escaramuza, y resuelto á proseguir su campaña, hizo el Rey con el brazo un hábil y rápido movimiento, en virtud del cual la mano de la dama vino á hallarse enlazada con la suya. Si un rayo los hiriese entonces, no bastara á conmover á ninguno de ellos tanto como el simple contacto de sus manos lo hizo. Verdad es que la Valliere retiró súbitamente la suya, pero miróla el Rey con expresion de tan encarecida súplica, que sin ser poderosa á resistirlo, volvió la mano á donde estaba. ¿Cómo, tampoco, resistirse á Luis XIV, cuando con el sombrero en la mano suplicaba? — Uno á uno reveló el Rey á la jóven — que á tanto llegó su osadía — los amantes latidos de su corazon, sus ensueños todos de Monarca y de amartelado pastor; sus enamoradas congojas, en fin, desde la bienaventurada noche en que sorprendió el *secreto de Diana*. — Que *secreto de Diana* se llamó en la corte el de la Valliere, en memoria de haberlo revelado la pobre niña en presencia de la estatua de aquella diosa.

— Señor, exclamó súbitamente Luisa, hemos equivocado el camino.

— No, respondió el Rey, voy á donde ir quiero.

— Pero ¿no vé Vuestra Majestad cómo estoy mojada?

— Contad las gotas de agua que llevais encima, y os juro daros otras tantas perlas.

Una hora nada menos duró aquella loca correría en medio de la tempestad!

« Lo único que me sorprendió, decia Beringhen algun tiempo después, fué no hallarme á los dos amantes transformados él en Triton y en Náyade ella! »

## V.

Sereno ya el cielo volvió la corte á reunirse, echando de ver fácilmente que llegaba al desenlace, y que Júpiter habia salido de la nube que hasta

entonces le ocultara. La pobre Luisa corrió á ocultar su amor entre los grupos mismos de los burlones cortesanos; y Luis XIV no advirtió que se habia quedado solo hasta verse rodeado de todos sus aúlicos.

No era probable que la tempestad renovase su complaciente ministerio. ¿Cómo pues componerse en lo sucesivo, para perder en los bosques el camino con la Valliere?

Lamentábase, celosa, la Reina; y celosa se deshacia en llanto la Princesa Enriqueta: difícil era sustraerse á la vigilancia de entrambas. — En tal conflicto acudió Luis XIV á la pluma, eligiendo á Beringhen para portador de sus amatorias epístolas. Romancesca fué la primera; tierna la segunda; y desesperada la tercera. Rehusó la Valliere recibir el primer papel, mas leyóselo Beringhen; guardó el segundo en el seno, *donde bien cabia*, acostumbraba á decir maliciosamente la Chemerault, aludiendo á lo escaso del pecho de su linda compañera; á la tercera carta contestó nuestra heroína.

Toda una noche pasó desvelada la pobre pensando en lo que habia de contestar.

A la mañana siguiente, el poeta *Benserade*, sucesor ó poco menos del bufon del Rey, y que en calidad de tal usaba y abusaba de su privilegio de entrar libremente en todas partes de palacio, sorprendió á Luisa, suelto el cabello, palpitante el seno, y preñados los ojos de lágrimas.

— Vais (le preguntó) á representar alguna tragedia?

— ¡Ah! señor Benserade, ¡soy muy desgraciada! Figuraos que hay un hombre que me ama, y bendigo á Dios por ello: pero me escribe que se muere de amor por mí, y no sé cómo responderle que viva dejando de amarme.

— Pues no hay cosa mas sencilla, replicó el poeta.

— No tan sencilla, pues que desde ayer la busco sin dar con ella. Responded vos por mí, que tendreis arte para decir *no*, como si dijérais *sí*.

Figurándose Benserade que todo esto se reduciría á una de tantas coquetterias como las mugeres usan para encadenarnos, diciendo: « Estais libre, » escribió, *calamo corrente*, una respuesta en la cual de todo habia menos la pasion: pero cuando la Valliere, á sus solas, copió aquella

epístola, añadióle, quizá sin advertirlo ella misma, todo lo que el poeta había omitido.

Todo en aquella aventura fué novelesco. Al día siguiente llamó el Rey á Benserade, para decirle que deseando dar una fiesta en obsequio de cierta dama de la corte, y queriendo anunciárselo en versos era necesario que él rimase inmediatamente los pensamientos que en el acto se dignó transmitirle. Hizóse así, resultando de ello que en un mismo día la Valliere escribió al Rey la prosa de Benserade, y el Rey á la Valliere los versos de Benserade igualmente.

Fáltanos, empero, que referir lo mas cómico del caso.

La Valliere, acertando Benserade á pasar por delante de sus ventanas, hácele seña con cierto misterio para que suba, y el poeta que había hecho mas de una conquista en sus tiempos, figúrase súbito que sus encantos habían seducido á la jóven camarista. Es de advertir que ni el Rey le había revelado que era á Luisa á quien consagraba su fiesta, ni la Valliere dicho que el enamorado á quien contestar queria fuese Luis XIV. — Volviendo al poeta, claro está que sube en alas de sus esperanzas donde Luisa le sale al encuentro con una sonrisa de las que « turban á los hombres y á los dioses, » y que acabando de trastornarle el sentido le hace caer á sus plantas, prorumpiendo en sonetos y madrigales, que ya mas de una vez le habían servido en ocasiones semejantes.

— No se trata de eso, le responde la Valliere soltando la carcajada; sino de otra respuesta, porque han vuelto á escribirme.

Confuso el pobre poeta, afánase inútilmente en buscar un *concepto*, un equívoco cualquiera que atenúe al menos lo ridículo de su mala ventura; mas no hallándolo, dice sacando fuerzas de su flaqueza:

— Venga la carta y escribiré la respuesta.

La Valliere entonces púsole en las manos los versos que él mismo había aquella mañana escrito: pero Benserade hartó cortesano para confesarse su autor, tomó la pluma y contestó al Rey, como si tal poeta no hubiera en el mundo.

Llegó en fin el día de la famosa fiesta, que se redujo, como todas las de la época, á una mitológica máscara en la cual pareció el Rey bajo la forma de Júpiter, y la Valliere en traje de Estrella. Como de razon des-

cubrió el Tonante á su lucero, entre nebulosos torbellinos, y dirigióle la palabra en estos versos, compuestos tambien por el poeta de cámara, Benserade:

« ¡A todos impone su ley la tristeza!  
 » La vuestra se esconde: mas clara se ve.  
 » ¿No os bastan, Estrella, la luz, la belleza,  
 » Que envidian los astros, que admiro á mi fe?  
 » Vivid satisfecha: no el gusto exquisito  
 » Del fuego radiante templando el fulgor,  
 » Los rayos eclipse, mostrando marchito  
 » Y en nubes envuelto, su claro esplendor.  
 » Son altos destinos los vuestros, Estrella:  
 » De vuestras hermanas la historia inquirid;  
 » Sabreis como alguna, cual vos, no tan bella,  
 » De Reyes un tiempo fué luz y adalid (1).

Y después de haber para ella hablado de esa manera, habló el Rey de sí, diciendo:

» No arrugo la frente, no muevo la planta  
 » Sin que mi grandeza no os haga admirar:  
 » Cada cual en torno á un Númen suplanta;  
 » Yo solo al que finjo me puedo igualar.  
 » Mas grande otra cosa no se halla en Natura  
 » Que el trono que ocupo, por fuero y razon:  
 » Quien mida la mia y al orbe su altura,  
 » Verá sobre el orbe mi gran corazon.  
 » ¡Vencéisme, no obstante, bellísimos ojos!  
 » ¡Cuán frágiles somos los héroes que así,  
 » Mortales gigantes, caemos despojos  
 » De un niño vendado, de un Dios baladí!  
 » ¡Troné! — El universo tembló estremecido!  
 » Fijé de la Fama la lengua fugaz,  
 » Y grande, invencible, lograr he sabido  
 » Que enlace á mis lauros su oliva la Paz.

(1) Como en las traducciones en verso la fidelidad absoluta es imposible por mas que se procure, y gustamos poco además de vestirnos con ajenas galas, parécenos conveniente copiar aquí el texto francés que dice así:

Chacun dans son état a sa mélancolie  
 Ne cachez point la vôtre: elle est visible à tous.  
 Être étoile; pourtant, c'est un poste assez doux,  
 Et la condition me semble fort jolie:  
 Vous la deviez garder. Ce goût trop délicat  
 A votre feu, si vif et si rempli d'éclat,  
 Mêlé quelque pensée, et sert comme d'obstacle.  
 Les étoiles, vos sœurs, vous diront qu'autrefois  
 Une étoile a suffi pour produire un miracle  
 Et pour faire bien voir du pays à des rois

» — ¡Mas ay! Que esteso de mí tan preciado  
 » La que me ha vencido, la que adoro fiel,  
 » Que amor, á mi cuenta, será el engañado,  
 » Si toma, por ella, mi excelso laurel (1). »

## VI.

No le bastaba empero verla en las fiestas y en presencia de toda la corte, al enamorado Monarca, que á fuer de galan aventurero, y de la escuela de Don Juan Tenorio, lanzóse una noche á los tejados, corriendo de azotea en azotea, hasta dar con la ventana de la señorita de Antigny, vecina de alojamiento de la Valliere. Advertida ya por Beringhen, batidor de estrada en aquella expedicion, abrió al Rey su ventana la de Antigny, no sin sus antojos de que S. M. se detuviera en el camino; y resignándose á no poder mas con el papel de confidenta, condujo al enamorado hasta la puerta del cuarto de Luisa, dejándole en ella y diciendo: « Por mi parte me labo las manos. »

Abrió el Rey la puerta con tanto amor como sobresalto: la Valliere que

(1) El texto dice:

Je ne fais point de geste, et ne fais point de pas  
 Qui ne soit de mon rang la preuve suffisante.  
 Le monde représente ici, ce qu'il n'est pas;  
 Moi, je suis en effet ce que je représente.

Il n'est rien de si grand dans toute la nature,  
 Selon l'âme et le cœur, au point où je me vois.  
 De la terre et de moi qui prendra la mesure,  
 Trouvera que la terre est moins grande que moi.

Je cède toutefois, vaincu par des beaux yeux:  
 Et la fragilité des héros que nous sommes  
 Est telle, qu'après tout le plus petit des dieux  
 Est plus à redouter que le plus grand des hommes.

L'univers a tremblé du bruit de mon tonnerre,  
 Et la postérité ne s'en taira jamais.  
 Avec beaucoup d'éclat j'ai partout fait la guerre;  
 J'ai fait bien plus encore, même j'ai fait la paix.

Mais ce n'est un trésor si doux et si touchant,  
 Que celle qui sur moi remporte la victoire,  
 Que je crois que l'amour n'en est pas bon marchand,  
 Si pour la lui payer il suffit de ma gloire.

Parece imposible llevar mas lejos el encarecimiento de la adulacion por parte del poeta,

precisamente con él soñaba, creyó no haberse despertado cuando abriendo los ojos al ruido de sus pasos le vió delante de sí. Levantarse del sillón en que yacia fué su primer movimiento, mas la emocion fué tal que inmediatamente cayó de nuevo desmayada; y al volver en sí volvió á ver al Rey arrodillado á sus piés y hablándola con tanta pasion como respeto, sentimientos que á la verdad poco tiempo viven en paz en un mismo pecho.

y por la del Rey, lo que podríamos llamar el cinismo de la vanidad: mas para que se vea que ni la bajeza del cortesano, ni el orgullo del Monarca estaban agotados ni mucho menos, cita sin duda el autor, los siguientes versos que en otra fiesta, tambien celebrada en honor de la Valliere, leyó S. M. que en ella representaba el papel *Sol*.

» Vais á oír, dijo Luis XIV á su dama, unos versos anónimos burlándose de mí el *Rey-Sol*:

« Sol que de gloria coronado brillas,  
 Yo te ensalcé constante  
 Mientras pude cantar tus maravillas:  
 Mas ya no hay alabanza al fulgurante  
 Raudal de tu hermosura;  
 No llega ya el incienso á tanta altura.  
 » Alívio ya fulminas sobre Reyes  
 Tus encendidos rayos,  
 Que antes ministros de benignas leyes,  
 Hoy en torno de sí siembran desmayos  
 Con fuerza irresistible,  
 Que pintar y sufrir es imposible.  
 » ¿Quién ya osará contigo lo que un día  
 Faeton y Dafnae osaron,  
 El loco de ambicion, ella de impia?  
 No eres tú como aquel de quien triunfaron:  
 No hay hombre que te guie,  
 Nínfa que te huya y en laurel se fie! »

El original francés, dice así:

Soleil de qui la gloire accompagne le cours,  
 Et qu'on m'a vu louer toujours  
 Avec assez d'éclat, quand votre éclat fut moindre,  
 L'art ne peut plus traiter ce sujet comme il faut;  
 Et vous êtes monté si haut  
 Que l'éloge et l'encens, ne sauraient plus vous joindre.

Vous marchez d'un grand air sur la tête des rois,  
 Et de vos rayons autrefois  
 L'atteinte n'était pas si ferme et si profonde:  
 Maintenant je les vois d'un tel feu s'allumer  
 Qu'on ne saurait en exprimer,  
 Non plus qu'en soutenir la force sans seconde.

Je doute qu'on le prenne avec vous sur le ton  
 De Daphné, ni de Phaëton:  
 Lui trop ambitieux, elle trop inhumaine.  
 Il n'est point là de piège où vous puissiez donner.  
 Le moyen de s'imaginer  
 Qu'une femme nous fuie, et qu'un homme nous mène!

Cien veces rogó la bella á su real amante que se fuera ; ciento tambien le ofreció el marcharse, y otras tantas se estuvo quedo. ¡ Benserade, Benserade, aquella noche ya tu ministerio para nada se echó de menos !

Los primeros albores de la aurora llegaron á sacar á los dos enamorados de su divino ensueño. — ¿ Dónde estaban ? — Ni lo sabian.

« — ¿ Estais en mi cuarto, Señor, estais conmigo.

— No, Luisa, no estoy con vos, pues no quereis entregarme mas que el corazon.

— Nunca tendreis de mi otra cosa, pero á ningun otro concederé jamás cosa alguna.

Retiróse el Rey dichoso y desesperado á un tiempo. Vino y vió, venció tambien, pero sin lograr el premio de la victoria.

Aquella noche hubo baile en el cuarto de la Reina, y el Rey, para deslumbrar á las gentes, no solo bailó con la señorita de Pons, sino que se eclipsó con ella. Desolada y con mil muertes en el corazon jura entonces la Valliere que en su vida volverá á ver al infiel : mas á la noche siguiente y en el momento en que iba á desnudarse aparecese el Rey á su ventana. Lanza ella un grito, y él precipitándose al cuarto pide humilde un perdon que se le niega diciéndole que se vuelva en malhora con la de Pons. Pero el culpable insiste alegando que hay en él dos fuerzas ó dos debilidades distintas : una el espíritu que es todo de la tierna la Valliere ; otra la *bestia*, que no se aviene á rendirse á quien se obstina en no ser mas que espíritu. Y no por eso Luisa se presta á inmolar su virtud, á menos que sea á condicion de morir en expiacion del pecado ; sacrificio que el Rey se niega á consentir naturalmente.

Volvióse pues por donde habia venido, mas no con precaucion bastante para que dejase de llegar la aventura á oídos de la Duquesa de Navailles, superintendente de las camaristas, cuya severidad clamando en altas voces haber visto á un galan correr los tejados, hizo fortificar con rejas las ventanas de todas sus lindas subordinadas. Como no hay hierros sin embargo, que basten contra los enamorados, los nuestros, renovando á Pyramo y Tisbe, se hablaron al través de una grieta que en cierto tabique de tableros de pino habia el sol abierto.

Por entonces fué cuando Fouquet, el célebre superintendente de Ha-

cienda, que creia conocer á *la muger*, porque conocia muchas mugeres, y que ligeramente se dejaba decir : « Todas son unas, y no hay cintura » que desabrocharse no pueda, » se atrevió tambien á decirle á Luisa de la Valliere que conocia el precio de su virtud.

— ¿ Qué es lo que decis ? le preguntó ella sencillamente.

— Quiero decir que calculo en cincuenta mil libras el precio de la virtud de las demás camaristas, pero el de la vuestra, señorita, lo evaluo en tres veces tanto. »

Calló un momento la generosa jóven, no permitiéndole su justa indignacion responder, y prosiguió Fouquet.

— Pongo pues á vuestros piés cincuenta mil escudos !

La jóven mirándole entonces con soberano desprecio, mostróle el rubor que su rostro enardecia, y prohibiéndole que volviera en su vida á levantar hasta ella los ojos.

No contó Fouquet la aventura, ni la Valliere tampoco : mas súpola sin embargo el Rey, y no se la perdonó al Superintendente.

Como en la corte todo se sabe, por mas que el Rey se recatara, tomando todo género de disfraces, primero en secreto, luego en voz alta, comenzaron los cortesanos á decirse que la Valliere era la Dama del Rey. De palacio llevó la fama la nueva á Paris, donde, oyéndola una tia de Luisa, corrió presurosa á prevenir á la jóven que caminaba al borde de un abismo. Protestar enérgicamente de su pureza fué el primer movimiento de la víctima ; mas luego aterrada ante la voz pública, toma la enérgica y decisiva resolucion de retirarse á un convento de San Cloud.

Daba Luis XIV audiencia en San German, donde su corte á la sazón tenia, al Embajador de España, cuando acercándosele un page, entrególe un billete sin mas escrito que estas palabras : ¡ Adios ! ¡ Adios ! Leerlas y olvidarse del Embajador fué todo uno. — ¿ Qué importaban la paz ó la guerra, ni qué provincia mas, ó provincia menos, á quien perdía corazon, alma y vida ? — Dejó, pues, el Rey al Embajador con la palabra en la boca, para correr desatinado en busca de la Valliere, reclamándosela á todo el mundo, escandalizando en el cuarto mismo de la Duquesa de Orleans, y yendo en fin en persona á buscar un caballo á su real cabailleriza, donde por el momento ni un solo criado habia.